

Populismo militar y etnicidad en los Andes

Presentación del dossier

Cecilia Méndez G.

Universidad de California en Santa Bárbara

*Cuanto más pesada es la carga de lo concreto,
más probable es que sea eludido por la teoría*
Michel-Rolph Trouillot,
Silencing the Past, 1995

La idea de este dossier surgió de manera casi accidental, cuando atraída por los desarrollos políticos que llevaron unos años atrás a los militares ecuatorianos a forjar una alianza con el movimiento indígena -o a los indígenas a aliarse con los militares, como quiera vérselo- participé como única ponente no ecuatorianista en el congreso de ecuatorianistas de LASA (Asociación de Estudios Latinoamericanos) llevado a cabo en Quito en junio del 2004. Mi ponencia consistía en los esbozos de un proyecto en ciernes sobre la relación histórica entre el ejército y el campesinado en el Perú, que justifiqué contextualizándolos en una discusión sobre populismos militares en los Andes y los eventos recientes en Ecuador. Más que buscar oyentes venía a aprender *in situ* de la percepción ecuatoriana sobre su propio proceso y en búsqueda de interlocutores.

Mi interés por el tema militar y su conexión con lo étnico estaba motivado, en lo inmediato, por el deseo de entender la emergencia en el Perú del llamado movimiento “etnocacerista”, un movimiento ultra-nacionalista que nacido en los cuarteles se proyectaba como el embanderado del campesinado

y los indígenas peruanos y especialmente de los miles de reservistas de origen abrumadoramente andino que combatieron contra Sendero Luminoso, y en menor proporción contra el Ecuador, y a quienes tanto el Estado como los partidos políticos parecían haber abandonado. El llamado etnocacerismo era, a comienzos de la década del 2000, cuando surgió, un movimiento más bien marginal y no era tomado suficientemente en serio por la mayor parte de analistas sociales peruanos, debido en parte a su prédica violentista, su enfrentamiento visceral contra quienes ellos llamaban “los blancos” o “criollos” y sus posturas xenófobas, anti-norteamericanas, anti-chilenas y hasta antisemitas. El etnocacerismo proponía, en efecto, la superioridad de la “raza cobriza” -término eufemístico que ellos usaban en lugar de “indio”- sobre cualquier otra. Mezcla de indigenismo telúrico de los treinta y cuarenta, marxismo anti-imperialista de los setenta y nacionalismo militar, hay quienes no sin razón lo llegaron a considerar como una suerte de fascismo andino. El líder del movimiento, el ex-oficial del ejército Antauro Humala (hoy preso tras el sangriento asalto a un puesto policial) llegó a decir, por ejemplo, que reimpondría la pena de muerte y fusilaría los “blanquitos” de las Casuarinas (un barrio de clase alta de Lima) de ser necesario.

Más allá de este lado extremo, obviamente preocupante, lo que me interesaba del

fenómeno etnocacerista era, por un lado, que un movimiento político surgido en el ejército predicara de modo tan central un nacionalismo indigenista e incaísta lo cual, salvando las distancias, no podía sino traer reminiscencias del gobierno del General Juan Velasco Alvarado (Perú, 1968-75), anatematizado por tirtios y troyanos y aún insuficientemente estudiado, pese a haber marcado época. Por otro lado, llamaba la atención que el etnocacerismo hubiera empezado a canalizar los sentimientos de frustración de una parte significativa de la población que se sentía marginada por el racismo anti-indígena y anti-negro que impregna la sociedad peruana, el cual se veía agravado por la falta de oportunidades económicas y laborales en un contexto de voceado crecimiento económico. Se trataba, en efecto, del primer movimiento político en el Perú post-velasquista en asumir una postura abiertamente crítica frente al racismo anti-indígena y frente a las políticas neoliberales, que en otras partes del continente ya habían empezado a ser cuestionadas. De este modo, desprovisto de sus ingredientes violentistas, militaristas y xenófobos, el etnocacerismo parecía enarbolar banderas que los movimientos indígenas y populares en otras partes del continente ya habían hecho suyas. La diferencia es que mientras en países como Ecuador y Bolivia y el resto de América Latina los movimientos indígenas surgían de bases civiles y movimientos populares y sindicales de base, en el Perú el movimiento pro-indígena que alcanzaría el mayor impacto tenía raíces, bases e ideología militares. ¿Por qué en el Perú un partido de militares disidentes y ex-soldados asumió el papel que en nuestros vecinos andinos tuvo el movimiento indígena, el mismo que en el Perú permanece, si bien no políticamente inexistente, cuando menos tenue en comparación?

Con esta pregunta vine al congreso de Quito en junio del 2004 y mis esperanzas de

encontrar interlocutores no fueron defraudadas. Fue en este contexto que me reencontré con Eduardo Kingman, amigo de un tiempo atrás que acababa ser nombrado director de la revista *Íconos*. De una conversación casual, como surgen a veces las mejores cosas que nos suceden, surgió la propuesta que hoy presentamos a manera de este dossier.

El estudio de los militares reviste una importancia cardinal en la sociedad latinoamericana. No nos referimos sólo a su impacto en la política, el más obvio y el más estudiado, sino en la vida cotidiana y nuestra socialización: los desfiles marciales por fiestas patrias, los himnos nacionales, el saludo a la bandera, monumentos públicos consagrando guerras y héroes militares a veces con mayor frecuencia que civiles, marcan el paso de la identidad nacional. El tema, sin embargo, hasta hace poco, ha sido raramente abordado desde una perspectiva sociocultural. Las historias militares han sido o bien historias institucionales hechas por sus propios miembros con escasa crítica,¹ o bien estudios de denuncia por parte de las ciencias sociales: los militares como represores del pueblo, violadores de los derechos humanos y brazo derecho de la oligarquía. Estos estereotipos no dejan de tener una dosis de verdad; se derivan principalmente de los regímenes militares más estudiados por las ciencias políticas: las dictaduras militares del Cono Sur (Argentina, Chile, Brasil) y, en menor

1 Por su puesto existen excepciones y una de ellas en el caso del Perú es el ex-oficial Víctor Villanueva, a quien se deben numerosos trabajos de corte sociológico y de tono muchas veces autocrítico sobre el ejército peruano. Véase, por ejemplo, Víctor Villanueva, *Ejército Peruano: Del Caudillaje Anárquico al Militarismo Reformista* (Lima: Editorial Juan Mejía Baca, 1973); *¿Nueva Mentalidad Militar en el Perú?*, 3ª edición (Lima: Editorial Juan Mejía Baca, 1969); *100 Años del ejército peruano. Frustraciones y cambios* (Lima: Editorial Juan Mejía Baca, 1972); *El Militarismo en el Perú* (Lima: Impresa Gráfica T. Scheuch, 1962).

medida, de América Central en el contexto de la Guerra Fría.

Sin embargo, los regímenes militares han adoptado no pocas veces también posturas críticas frente a las oligarquías nativas y al imperio estadounidense y, sin romper con el autoritarismo y mesianismo inherentes las instituciones militares modernas, han intentado forjar alianzas con sectores populares, principalmente campesinos. Esto ha sido especialmente acentuado en la zona andina, donde a diferencia del Cono Sur las poblaciones indígenas y no blancas han sido mayoritarias. La Bolivia del siglo XX destaca como ejemplo por antonomasia de este fenómeno: Piénsese en los llamados militares socialistas de la post-guerra del Chaco en la década del treinta, en el general Gualberto Villarroel que en los años cuarenta convoca el primer congreso indígena, y en el llamado pacto militar-campesino del general Barrientos durante los sesenta. O piénsese en el gobierno del general Velasco en el Perú, que lleva a cabo una de las reformas agrarias más radicales del continente y, horrorizando a la oligarquía costeña, convierte al quechua en lengua oficial y a Túpac Amaru II en icono omnipresente del “gobierno revolucionario de las fuerzas armadas”. Piénsese en los acercamientos entre militares e indígenas en el Ecuador de los que da cuenta Cecilia Ortiz en este dossier. Piénsese en el “fenómeno Chávez” en Venezuela. Más recientemente, y nuevamente en Bolivia, un gobernante civil como Evo Morales, que alguna vez fuera soldado, viene incentivando -como parte de la “refundación de la república de Bolivia”- un nuevo pacto militar-campesino, aunque -a decir suyo- esta vez sería “hegemonizado por los indígenas y no por caudillos populistas uniformados”.² Con motivo de la instalación de la Asamblea

Constituyente en la ciudad de Sucre el pasado 6 de agosto “32 pueblos indígenas desfilaron delante del presidente” previamente entrenados por las fuerzas armadas, por iniciativa del propio Evo Morales.³

Motivados por estos desarrollos más o menos recientes, y por la necesidad de superar el enfoque dicotómico sobre los militares que predominó en la Guerra Fría, el propósito de este dossier es observar desde una perspectiva histórica e interdisciplinaria las instancias en que los militares buscaron establecer acercamientos y alianzas con sectores populares, principalmente campesinos y étnicamente menos favorecidos en Bolivia, Ecuador y Perú. Dada la fuerte composición indígena de estos países, no es de extrañar que los militares en tanto agentes gobernantes (o potencialmente gobernantes) se hayan visto en la situación de querer incorporar a estas poblaciones en sus proyectos políticos, con más razón en el siglo XIX en que la política pasaba por la guerra y su escenario por antonomasia era el mundo rural. Este acercamiento como sugieren los trabajos de Irurozqui para Bolivia y Méndez y Millones para el Perú, no fue siempre altruista y tuvo, más bien, muchas veces, un carácter instrumental. Sin embargo, contrariamente a las usuales explicaciones que enfatizan únicamente la participación forzada o manipulada del campesinado en los proyectos nacionales (y nacionalistas) de los uniformados -la tesis de los campesinos como carne de cañón- los pobladores rurales a veces promovieron los acercamientos con los militares y en otras supieron sacar ventaja de estas alianzas, a veces asumiendo y otras cuestionando los discursos nacionalistas, liberales, desarrollistas, o indigenistas, formulados por los uniformados, según el caso y el periodo.

2 Citado en Pablo Stefanoni, “Arranca en Bolivia la Constituyente”, *Página/12*, Buenos Aires, 6 de agosto del 2006.

3 Pablo Stefanoni, comunicación personal, 12 de Agosto del 2006, y “Arranca en Bolivia la Constituyente” *Página/12*, Buenos Aires, 6 de agosto de 2006.

En un ángulo más cultural y antropológico, el dossier invita a reflexionar sobre las diferencias existentes en cuanto a tradición, composición demográfica e ideología en las diferentes ramas de las fuerzas armadas: ejército, aviación y marina. El dossier enfatiza el estudio del ejército, sobre todo, en los artículos sobre el Perú. Lourdes Hurtado analiza el proceso de “cholificación” o democratización étnica y social del ejército peruano a partir de la segunda mitad del siglo XX, señalando claramente sus límites. Los tortuosos caminos de la creación de un héroe del ejército, el mariscal peruano Andrés Avelino Cáceres y su apropiación ambigua tanto por el Estado y el propio ejército como por grupos subversivos como el etnocacerismo, es materia del ensayo de Iván Millones.

Finalmente, en una arista tal vez más afín a los temas de la ciencia política, aunque desde una perspectiva más bien histórica, el dossier invita a repensar la usual asociación entre democracia con gobiernos civiles y autoritarismo con gobiernos militares que muchas veces se da por sentada. Esto, particularmente en los artículos de North y Méndez, sobre Ecuador y Perú respectivamente. Ellas constatan, irónicamente, que ha sido a veces durante gobiernos militares o de corte autoritario cuando se han realizado mayores esfuerzos de incorporación de las masas rurales a los beneficios del Estado y la ciudadanía e inversamente ha sido durante

gobiernos civiles cuando ha habido mayor exclusión de estas poblaciones -al menos durante el siglo XX para Ecuador y desde fines del siglo XIX en el Perú-. Esto en ninguna manera niega los marcos autoritarios en los que pudieron llevarse a cabo estos proyectos. Lo que invita es a aceptar la posibilidad de que los procesos democratizadores en lo social puedan haberse producido dentro de marcos políticamente no democráticos y que ello no merma su impacto.

Por último, el militarismo pesa tanto en la formación de la nacionalidad en los países latinoamericanos -desde los uniformes y desfiles escolares hasta los monumentos que pueblan nuestras calles- que resulta extraño que no existan más estudios del nacionalismo desde un ángulo militar. Esto se debe quizá a lo que el historiador haitiano Michel-Rolph Trouillot denominó “el peso de lo concreto”. Trouillot escribió: “Cuanto más pesada es la carga de lo concreto, más probable es que sea eludido por la teoría”.⁴ Esperamos que este dossier sirva no sólo como una contribución empírica sino también como un aliciente a pensar el tema militar con menos prejuicios y desde ángulos teóricos más complejos.

⁴ Michel-Rolph Trouillot, 1995, *Silencing the Past, Power and the Production of History*, Beacon Press Books, Boston, p. 22: “The heavier the burden of the concrete, the more likely is it to be bypassed by theory”.